

# El pecado de David y Betsabé (2 Samuel 11:1-4)

---

— Adiós mi amor — le dice el guerrero a su esposa al despedirse para ir al frente de batalla — te quiero con todas las fuerzas de mi alma.

Ella, una joven y hermosa Señora, le responde:

— Amado esposo, yo también te amo con todas las fuerzas de mi corazón. Cuídate y vuelve pronto. Te estaré esperando con mis brazos abiertos. Mi primera oración del día será pedirle al Señor que te proteja y bendiga; la última plegaria de la noche será suplicarle al Señor que él sea contigo.

Los ojos de la esposa están cubiertos de lágrimas. Muchas veces se ha despedido de su cónyuge, pero esta vez tiene un presentimiento sombrío.

El esposo, un gallardo y elegante militar, trata de disimular su emoción. Luego de darle un fuerte abrazo y besarla en la frente le dice:

— Que la paz del Señor sea contigo.

Enseguida se aleja rápidamente. Es como si tratara de evitar el quedarse un segundo más, lo que haría la despedida más dolorosa. La esposa ve a su amado perderse por una de las tortuosas calles de Jerusalén. Ella vuelve, como en una película de cine, a recrear en su mente las escenas de su juventud. Se habían conocido desde niños. Su esposo era un poco mayor que ella pero no se notaba la diferencia; él la amaba con todo su corazón. La boda se hizo a la usanza de Israel. Todos estaban tan felices. Ella era hermosa, buena, piadosa y hacendosa. Él era uno de los “*valientes del rey David*”, un militar reconocido por su valor y nobleza. En el hogar, Urías era el esposo perfecto. Trataba a su esposa con todo cariño. A veces hasta demostraba su afecto profundo dándole a su esposa de comer de su mismo plato. Urías amaba profundamente a su esposa; la respetaba y trataba como si fuera su hija (**2 S 12:2-3**).

Pasan las semanas y hay alguna que otra noticia de cómo están las cosas en el frente de batalla.

A poca distancia de la casa de Urías y Betsabé está la casa real. Es el tiempo en que los reyes suelen salir a la guerra, pero este año David ha decidido quedarse en el palacio en vez de ir al frente de batalla. Esa tarde el rey David no se encuentra muy bien y decide tomar una siesta para descansar. El reposo se prolonga y cuando el sol está por terminar su camino inexorable, David se levanta. Se ha pasado toda la tarde “sesteando”. Dado que “no tiene nada que hacer” se le ocurre subir a la azotea. Como está aburrido comienza a mirar primero el cielo con los colores rojizos del atardecer. Luego mira para el norte, luego quizá hacia el este, luego para el sur y por último para el oeste.

De pronto, al bajar la mirada ve algo inesperado. Una mujer, creyendo que nadie la veía, se está bañando. Es joven y bella. Mirarla y codiciarla son cosas que suceden rápidamente. David comienza a descender lentamente por la escalera. Con cada escalón que desciende va maquinando su pecado, va manchando su testimonio de hombre de Dios por unos momentos de placer.

El rey baja de la azotea; llama a sus criados y les pregunta quién es esa mujer que vive en aquella casa. Por supuesto, no les cuenta las circunstancias en que la había visto. Los sirvientes se sonríen. Es que todo el mundo sabe que Betsabé es una belleza.

— Majestad — dice uno de los siervos — ella es Betsabé, hija de Eliam.

Luego, recalcando las palabras, agrega:

— Ella es mujer de Urías, el heteo.

En este momento cruzan por la mente de David pensamientos muy contradictorios. Él sabe que la ley de Dios específicamente condena el adulterio (**Ex 20:14**). Sus siervos lo miran; no pueden creer lo que escuchan:

— ¡Vayan a buscarla!

Para entonces Betsabé ya ha terminado de bañarse. Los mensajeros van y llaman a la puerta y los sirvientes atienden.

— Señora, hay mensajeros de parte del rey que quieren hablar con usted.

— ¡Que pasen! — dice Betsabé.

Los mensajeros son presentados ante ella.

— Señora — le dicen —, tenemos un mensaje para usted de parte del rey. No podemos comunicarlo delante de todos porque es una “misión de estado”.

La esposa de Urías hace una seña y los criados se retiran.

— Y bien, ¿cuál es el mensaje? — Pregunta Betsabé.

Uno de los enviados adopta una pose de importancia y dice:

— Su majestad el rey la invita a cenar. Su alteza se siente muy solo y a él le gusta conversar...

— ¿Cuándo? — Pregunta Betsabé.

— Hoy mismo; es decir, ahora mismo — responde uno de ellos.

— ¿Cuántos invitados hay? — inquiera Betsabé.

— Usted es la única invitada — responden al unísono los enviados.

Betsabé no es ingenua. Un sudor frío estremece su cuerpo.

— Enseguida vengo — dice Betsabé.

Entra a su dormitorio para hablar con su ama de crianza, quien ha estado con ella desde que era una niña. La nodriza empalidece.

— ¡Señora, por favor no vaya! El rey no la puede obligar a ir a cenar con él sin su marido. Me temo que su alteza tenga otras intenciones.

Betsabé está confundida. ¡Es la oportunidad de su vida! Todos en Israel sueñan con ser invitados al palacio real. Después de todo, ¿qué tiene de malo ir a cenar si a uno lo invitan? La fantasía y vanidad femeninas han sido tocadas.

Al cruzar el umbral de la casa Betsabé se olvida de las promesas de amor que en ese mismo lugar le hizo a su cónyuge. Sale de esa casa como una esposa pura, para volver como una mujer infiel a su amante esposo.

Al retornar al hogar, ya de mañana, llama a la puerta. Los criados de cara larga la saludan, mientras que lágrimas caen del rostro del viejo mayordomo. La casa luce taciturna y oscura a pesar de que las ventanas están abiertas. Los criados la miran y bajan los ojos con tristeza. Ellos se imaginan exactamente lo que ha pasado. Esa morada parece que hubiera cambiado completamente en una noche. Por la noche, cuando Betsabé se sienta a la mesa para cenar, ve el asiento vacío de Urías. Se lo imagina, como

tantas veces, mirándola con dulzura y hablándole con respecto y ternura. Ella mueve su cabeza y baja los ojos como para evitar su mirada.

## La historia bíblica y nosotros

Nuestros corazones se humillan al darnos cuenta de la fragilidad de nuestra naturaleza. Podemos comparar la caída moral que experimentaron David y Betsabé como la caída de un meteorito que rápidamente se precipita desde lo alto a la tierra. Sin embargo, las misericordias del Señor son mucho más grandes y la restauración se efectuará.

El rey David no estaba en gran peligro de caer cuando combatía en los campos de batalla o cuando huía de Saúl. Su desplome sucede cuando todo parece estar bajo control. Alguien podría preguntarse: “¿Cómo es posible que se tengan tantos detalles de la historia? ¿Cómo puede ser que alguien supiera que David estaba “sesteando” antes de subir a la terraza?”. En primer lugar, Dios nunca ha tratado de encubrir el pecado de sus siervos. En segundo lugar, el Espíritu de Dios, que todo lo sabe y todo lo examina, es el que revela esta historia con todos sus pormenores. *“El Espíritu todo lo escudriña, aun las cosas profundas de Dios” (1 Co 2:10)*.

Quizá hemos escuchado comentarios tales como: “Este hermano cayó en pecado”. Estas palabras sugieren que se trata de alguien que estaba bien espiritualmente pero que súbitamente hace algo malo. Sin embargo, es importante reconocer que la mayoría de las veces no se trata de un tropiezo aislado, sino de un deslizamiento progresivo que avanza lentamente hasta llegar al borde del precipicio. En el caso de David ocurre exactamente así. Las Escrituras nos enseñan: *“Atrapadnos las zorras, las zorras pequeñas, que echan a perder las viñas” (Cnt 2:15)*.

Pink dice: “Esta porción es muy solemne: Aquí vemos que a los deseos se les permite que actúen libremente no en un hombre del mundo, sino en un miembro de la familia de la fe. Aquí contemplamos un santo, eminente en santidad, que en un momento de descuido es sorprendido, seducido y llevado cautivo por el maligno”.

Con todo el respeto que nos merece este extraordinario autor, podemos pensar que el desplome de David no fue instantáneo. Podemos ver en las Escrituras pautas de que algo andaba mal en la vida espiritual del Rey. En primer lugar, observamos que él no estaba en el lugar que tenía que estar. Era el tiempo en que los reyes salían a la guerra pero él no salió con su ejército. Su deber como comandante en jefe era estar en el frente de batalla.

Eso era lo acostumbrado en aquellos tiempos. Cuando el creyente está ocupando el lugar que le corresponde en la batalla espiritual en la que todos estamos, la caída será más difícil. La disciplina que involucra el servicio militar obliga a una vida ordenada. Las Escrituras nos enseñan: *“Vestíos de toda la armadura de Dios... porque nuestra lucha no es contra sangre ni carne... para que podáis resistir en el día malo” (Ef 6:11-13)*.

David hubiera estado mucho más seguro en medio de la feroz contienda que en el palacio. Le hubiera sido menos doloroso, a la postre, una cuchillada mientras peleaba en la lid, que la herida brutal en su moralidad que le traería ese pecado.

Una segunda pauta que nos indica que hay dificultades es el hecho de que él se encuentra durmiendo hasta cerca del atardecer. La Biblia nos habla de los peligros de la pereza: *“Un poco de dormir, un poco de dormitar, y un poco de cruzar las manos para reposar” (Pr 6:10)*. Es cierto que en esa parte del mundo debido al calor se toman descansos, pero cuando la siesta se prolonga hasta el atardecer, eso es demasiado. El atardecer es la parte del día donde se intensifican la melancolía y los pensamientos tristes y negativos. La tendencia a dormir sugeriría un estado depresivo.

La Palabra nos amonesta diciendo: *“Ya es hora de despertaros del sueño”* (Ro 13:11). Por supuesto que no tiene nada de malo subir a la azotea o terraza y mirar lo que está sucediendo. David está haciendo lo que muchas veces nosotros hacemos cuando estamos de ociosos. Nos sentamos frente al televisor y empezamos a mover los canales hasta que encontramos uno que nos llama la atención. La obligación moral de David al ver a la mujer bañándose debió ser la de inmediatamente apartar sus ojos (Pr 4:23-25).

¿Qué tiene de malo mirar desde la azotea el paisaje? ¡No tiene nada de malo! ¿Qué tiene de malo bañarse? Nada. Muchas veces los jóvenes nos preguntan: ¿Qué tiene de malo esto o aquello?

El problema no está en que no tenga nada de malo sino en que no tiene nada de bueno. El creyente en el Señor Jesucristo no tiene por qué vivir una vida en la zona gris, la zona intermedia entre lo malo y lo bueno. Las Escrituras nos amonestan: *“Que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, que es vuestro culto racional”* (Ro 12:1).

Creo firmemente que cuando Urías y Betsabé se despidieron e intercambiaron sus promesas de amor ambos fueron sinceros. Urías nunca se enteró de la infidelidad de su esposa o de la traición de su rey que él amaba y respetaba con todo su corazón.

¡Qué diferente hubiera sido la vida de David y de sus hijos si este horrendo pecado no se hubiera cometido!

Al analizar con cuidado la situación, nos damos cuenta de que David tenía que haber “puesto los frenos” en varias ocasiones, y por no hacerlo, habrá consecuencias catastróficas a nivel familiar y nacional. Aquí no se trata solo del pecado del adulterio, sino del mal ejemplo que este pecado trae a la familia. Más adelante vemos cómo los hijos van a pecar de una manera brutal. Nos estamos refiriendo a la violación de Tamar por parte de su medio hermano Amnón, quien a su vez es víctima del fratricidio cometido por su medio hermano Adonías.

David ha perdido la autoridad moral en la familia. El pecado *“engendra muerte”*. Es verdad que él se va a arrepentir y el Señor lo va a perdonar. Sin embargo, él ya no tendrá más la autoridad moral que debería tener. Él ya no puede hablar sin acusarse a sí mismo en contra de quitarle la vida a otro ser humano. Tampoco podrá hablar condenando el adulterio.

## ¡A David le fallaron los frenos!

En forma sucesiva le “fallan los frenos” tres veces. Por eso la Escritura dice: *“El que piensa estar firme, mire que no caiga”* (1 Co 10:12).

El primer freno que le falló a David fue el freno del control visual cuando vio a la mujer que se estaba bañando. Cuando el creyente ve algo que no conviene (en la calle, en la televisión, en una revista) debe apartar su mirada. El mismo Señor Jesús dijo: *“Todo el que mira a una mujer para codiciarla ya adulteró con ella en su corazón”* (Mt 5:28).

Jesucristo no dijo que eso era irrelevante e inofensivo. Por el contrario dijo: *“Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti”* (Mt 5:29). El lenguaje es tan expresivo que nos impacta pero el concepto que se expresa es bien claro.

Ninguno de nosotros se sacaría un ojo voluntariamente bajo ninguna circunstancia. David por el contrario siguió mirando, y cuanto más observaba, sus frenos se aflojaban más.

El segundo freno que no funcionó se observa cuando inmediatamente empieza a fraguar y meditar en la posibilidad del pecado. Al descender por las gradas está maquinando cómo lograr su propósito. No se da cuenta de que con cada peldaño que baja está pisoteando esos hermosos himnos y salmos que su pluma ha escrito hablando de la santidad y fidelidad al Señor.

El tercer freno tampoco funcionó. Cuando le responden, después de preguntar quién es ella, que Betsabé es la hija de uno de sus capitanes y la esposa de uno de sus más valientes oficiales, David debió aplicar el freno. Sin embargo, no lo hizo. De aquí en adelante ya no hay rienda que lo detenga. Cuando Betsabé entra en el palacio ya es demasiado tarde.

Esta historia nos conmueve y duele, y el Señor la ha incluido en su Palabra no para entretenernos con una habladuría sino para que seamos amonestados de los peligros de nuestra naturaleza carnal.

Rozier nos dice: “Cuando leemos este capítulo un sentimiento de humillación profunda llena el corazón de cada hijo de Dios... El pecado es aún más serio dado que ocurre en la vida de un hombre que a pesar de sus debilidades ha recibido el testimonio de que no sea hallado mal en ti en toda tu vida” (1 S 25:28).

Y el mismo autor agrega: “¡Lloremos al ver la contradicción con todo su pasado pisoteando la santidad del Señor! ¡David tenía que ser un representante de la santidad de Dios delante de todo el mundo!”.

El apóstol Pablo, un hombre que había llegado a un altísimo nivel espiritual, dijo: “Yo sé que en mí, a saber, en mi carne, no mora el bien” (Ro 7:18).

¿Será posible que este crimen que va a cometer sea uno de los factores primordiales que lo inhabilita para hacer la obra más grande de su vida? La construcción del templo en Jerusalén no le es permitida. Dios mismo le dijo: “Tú has derramado mucha sangre y has llevado a cabo grandes guerras. No edificarás una casa en mi nombre” (1 Cr 22:8) (1 Cr 28:3). Su vida termina siendo similar la sinfonía inconclusa de Schubert.

Vemos la gracia de Dios de una manera muy especial en esta historia. David al final se va a arrepentir y el Señor lo va a perdonar. Ninguno de nosotros no le daría otra posibilidad de restauración. David va a volver a tomar el arpa y entonar cantos espirituales al Señor. Es por eso que de esa lira pueden surgir palabras tan maravillosas como las escritas en el Salmo 103:

*“Él es quien perdona todas tus iniquidades...”* (v. 3).

*“El que rescata del hoyo tu vida...”* (v. 4).

*“Ni para siempre guardará el enojo”* (v. 9).

*“No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados”* (v. 10).

## Notas al margen

Se podría argumentar que quizá Betsabé no tenía muchas posibilidades de rechazar al rey. Eso sería ciertamente así en la mayoría de los países en la zona. En Israel, por lo contrario, Dios había dado mandamientos muy específicos.

Dios culpa a David de “haber derramado mucha sangre”. Creo que aquí no se refiere exclusivamente a las batallas que se ha visto obligado a pelear sino al derramamiento

innecesario de sangre. Al respecto, Barton Payne dice: “Él ha contaminado sus manos con sangre que no merecía derramarse. La guerra puede ser en ocasiones necesaria, justa y ordenada por el Señor (**1 Cr 14:10**). Sin embargo, David ha sido culpable de violencia excesiva (**1 Cr 28:3**). Aquí debemos incluir la sangre de Urías”.

A la usanza de los monarcas de la región, cuando David estuvo en Hebrón tuvo seis esposas y cada una de ellas le dio un hijo (**2 S 3:2-5**). En Jerusalén tuvo 4 hijos de Betsabé y nueve hijos más y a Tamar. También tuvo hijos de las concubinas cuyos nombres no se mencionan (**1 Cr 3:5-9**).

Betsabé era hija de Eliam también llamado Amiel (**1 Cr 3:5**).

Este era hijo de Ahitofel (**2 S 23:34**). Por lo tanto, Ahitofel es el abuelo de Betsabé. Años después éste se adhiere a la revolución de Absalón contra David. Sin duda quiere vengarse del oprobio hecho a su nieta.

Esa misma azotea va a ser también el escenario de un acto público de pecado brutal cometido por Absalón (**2 S 16:22**).

¡David tiró un bumerán y le volvieron veinte!

El rey no estaba en el lugar que tenía que estar. Betsabé tomó un baño en el lugar que ella creía que era privado y no lo era.

¿Por qué pecó David? La Palabra nos dice: *“Pero cada uno es tentado cuando es arrastrado y seducido por su propia pasión. Luego esa pasión, después de haber concebido, da a luz el pecado; y el pecado, una vez llevado a cabo, engendra la muerte”* (**Stg 1:14-15**).

## Aplicaciones prácticas

Por supuesto, la mayoría de nosotros no va a estar en una terraza de Jerusalén, pero hay distintas “azoteas peligrosas” en el día de hoy. Las páginas de pornografía de Internet deben ser absolutamente excluidas para el creyente. Las películas de cine (o DVD y programas de televisión) que están repletas de cosas inmorales tienen que ser desechadas. La Palabra nos exhorta: *“Huid de la inmoralidad sexual... pero el fornicario peca contra su propio cuerpo”* (**1 Co 6:18**).

Betsabé fue imprudente en bañarse en un lugar donde podía ser vista, aunque ella no supiera que podría ser espiada. Los creyentes deben ataviarse en forma modesta y con pudor (**1 P 3:2-5**). Las ropas y el estilo no tienen que ser una “provocación” o una estimulación pecaminosa para el sexo opuesto. El hijo y la hija de Dios no necesitan copiar ni tener como modelos los personajes famosos y a veces pervertidos de Hollywood. Los valores de estas personas son contrarios y sus vidas expresan el desprecio absoluto que tienen a Dios y a su Palabra. Yo no quiero seguir esos modelos. Los momentos de placer ilícito que tuvo David no lo recompensaron con los meses y años que tuvo luego que llorar por haber pecado contra Dios.

## El líder que hay en mí

Cuando un líder hace algo malo hay más personas que las que él se imagina que saben lo que está ocurriendo. Sin duda entre los siervos del palacio y de la casa de Urías “se corrió la voz” de lo que estaba sucediendo.

Cuando el líder cae en pecados graves (inmoralidad, utilización indebida de los fondos del ministerio, etc.) se pierde la abundante bendición del Señor. Sus colaboradores ya no pueden mirarlo como el hombre sabio que los inspira y dirige.

La única solución en estos casos es el arrepentimiento ante Dios y la confesión pública del pecado. Puede haber algunas situaciones en que la confesión no tiene que ser necesariamente que abarque a un “público” muy extenso. En ningún momento este tipo de acción deberá representar un “encubrimiento” de un pecado grave. (No me estoy refiriendo aquí a la disciplina de la iglesia local).

## Otras lecciones prácticas

- Aun el creyente más espiritual y consagrado puede caer en pecado.
- La importancia de participar en la “guerra espiritual” en las funciones que el Señor nos otorgue.
- Lo primordial es ser disciplinado y evitar a toda costa llenar nuestra mente con cosas corruptas como las que abundan en la televisión, Internet y los cines.
- Dios perdona el pecado completamente, sin embargo, las consecuencias de ese pecado pueden ser muy dolorosas y prolongadas. Por eso el apóstol Juan exhorta: *“Hijitos míos estas cosas os escribo para que no pequéis” (1 Jn 2:1).*
- Por más serio que sea el pecado Dios ofrece el perdón: *“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn 1:9).*

## Temas para el estudio en grupo

- Las tentaciones y sus consecuencias.
- La “reacción en cadena” del pecado.
- La armadura del creyente (Ef 6).

## Preguntas para reflexionar

1. ¿Por qué David no fue a la guerra tal como se esperaba en aquellos tiempos?
2. ¿En qué momento David tendría que haber actuado para evitar su trágica caída?
3. ¿Qué sugiere el hecho de que David estaba “sesteando” al atardecer?
4. ¿En qué tres ocasiones del relato podemos observar que a David le “fallaron los frenos”?
5. ¿Qué “azoteas de Jerusalén” (lugares donde la tentación a pecar se intensifica) hay en mi vida espiritual?
6. Si usted se comparara con David, ¿qué tan fuerte se consideraría para vencer la tentación?